

Retrato a pluma del señor de Voltaire

CASANOVA, CHATEAUBRIAND, VIGNY,
HUGO, VALÉRY, AUDEN, REYES, AYER

Selección y traducción de Aurelio Asiain



CASANOVA

VOLTAIRE, ANGLÓFILO

Casanova: Este es, le dije, el momento más feliz de mi vida. Veo por fin a mi maestro; hace veinte años, señor, que soy vuestro discípulo.

Voltaire: Hacedme ese honor otros veinte, y después prometmedme que vendréis a traerme mis honorarios.

—Os lo prometo, pero prometmedme por vuestra parte que me esperaréis.

—Os doy mi palabra, y antes me faltará vida que faltará a ella.

Una risotada general celebró este primer tanto volteriano. Así tenía que ser. La función de los reidores es tener en vilo a uno de los dos, siempre a expensas del otro; y aquél en favor del cual se declaran está siempre seguro de ganar; es una cábala y ocurre con la mejor compañía. Me lo esperaba, pero sabía que vendría mi turno. Le presentaron entonces a dos ingleses que acababan de llegar. Se puso en pie diciendo:

—Estos señores son ingleses: ¡cuánto me gustaría serlo!

Mal cumplido, puesto que los obligaba a responder que ellos quisieran ser franceses, y quizá no tenían ganas de mentir, o debían sentirse avergonzados de decir la verdad. Me parece que a un hombre de honor le está permitido poner a su nación por encima de las otras.

DUELO DE ACTORES

Voltaire: ¿Cuál es el poeta italiano que os gusta más?

Casanova: Ariosto; y no puedo decir que me guste más que los otros, porque es el único que me gusta. Los he leído a todos, sin embargo. Cuando lei, hace quince años, lo mal que hablabais de él, dije de inmediato que os retractaríais cuando lo hubiérais leído.

—Os agradezco que creyérais que no lo había leído. Lo había leído, pero era joven, no conocía más que imperfectamente vuestra lengua y, prevenido por letrados italianos que adoraban al Tasso, tuve la desgracia de publicar un juicio que de buena fe creí mío. No lo era. Adoro a vuestro Ariosto.

—Qué alivio. Haced excomulgar entonces el libro en que lo habéis puesto en ridículo.

—Mis libros están ya todos excomulgados; pero voy a daros ahora una buena prueba de retractación.

En ese momento Voltaire me asombró. Me recitó de memoria los dos grandes trozos de los cantos trigésimo cuarto y trigésimo quinto de ese poeta divino, en los que habla de la conversación que Astolfo tuvo con el apóstol San Juan, sin saltarse un solo verso, sin pronunciar una sola palabra que no tuviera la prosodia precisa; me resaltó las bellezas con reflexiones de verdadero gran hombre. Nada más se hubiera podido esperar del más sublime de los glosadores italianos. Lo escuché sin respirar, sin parpadear una sola vez, deseando en vano pescarlo en alguna falta; dije, volviéndome a los presentes, que estaba sorprendido en extremo y que informaría a Italia entera de mi justa admiración.

—Toda Europa —me dijo él— será informada por mi mismo de la humildísima reparación que debo al más grande genio que ha producido.

Siempre ávido de elogios, me dio al día siguiente su traducción de la estancia de Ariosto *Quindi avvien che tra principi e signori*. Hela aquí:

*Los papas y los césares, calmando su querella,
sobre los Evangelios juran la paz eterna;
mañana los veréis uno de otro enemigos;
sólo para engañarse se habían reunido;
ni un juramento cumplen, no hay acuerdo sincero;
cuanto ha dicho la boca lo desconoce el pecho;
del cielo, su testigo, desafiaban la ira,
el interés el dios que a todos los regía.*

Al terminar el recitado, que le ganó a Voltaire los aplausos de todos los asistentes, pese a que ninguno entendía el italiano, la señora Denis, su sobrina, me preguntó si creía que el gran trozo que su tío había declamado era uno de los más bellos del gran poeta.

—Sí, señora; pero no el más bello.

—¿Se ha dicho entonces ya cuál es el más bello?

—Por supuesto, sin ello no hubiera ocurrido la apoteosis del señor Ludovico.

—Lo han santificado entonces. No lo sabía.

Todos celebraron entonces, y Voltaire el primero, a la señora Denis, excepto yo, que mantuve la mayor seriedad. Voltaire se sintió picado:

—Sé por qué no reis, me dijo. Pretendéis que es en virtud de un trozo más que humano por lo que lo han llamado divino.

—Precisamente.

—¿Cuál es, pues?

—Las treinta y seis últimas estancias del canto vigésimo tercero, que hacen la descripción dinámica de la manera en que Orlando se vuelve loco. Desde que el mundo es mundo, nadie ha sabido cómo se vuelve uno loco, salvo Ariosto, que pudo escribirlo y que hacia el final de su vida también se volvió loco. Estoy seguro de que esas estancias os harán temblar; causan horror.

—Las recuerdo; vuelven espantoso el amor. Estoy impaciente por releerlas.

—El señor tendrá quizá la gentileza de recitárnoslas, dijo la señora Denis haciéndole un guiño imperceptible a su tío.

—Por qué no, señora: si tenéis la bondad de escucharme.

—¿Os habéis tomado entonces el trabajo de aprenderoslas de memoria?

—He leído a Ariosto dos o tres veces al año desde la edad de quince y sin que me haya tomado el menor trabajo y, casi diría que a pesar de mí mismo, se ha alojado todo en mi memoria, con excepción de sus genealogías y sus tiradas históricas, que fatigan a la inteligencia sin interesar al corazón. Sólo Horacio me ha quedado todo en el alma, sin ninguna excepción, a pesar de que los versos de sus Epístolas suelen ser demasiado prosaicos.

—En el caso de Horacio, pase —añadió Voltaire—; pero tratándose de Ariosto es demasiado: son cuarenta y seis grandes cantos.

—Cincuenta y uno, queréis decir.

Voltaire se quedó mudo.

—Veamos, veamos —intervino la señora Denis— las treinta y seis estancias que hacen temblar y que le han valido al autor el título de divino.

Las recité entonces, pero no declamándolas, como hacemos en Italia. Para gustar de Ariosto no se necesita que el canto siempre monótono de quien lo recita le dé relieve. Los franceses tienen razón en encontrar insoportable ese canto. Las recité como si se tratara de prosa, animándolas con el tono, los ojos y una variación de la voz necesaria a la expresión del sentimiento. Veían y sentían la violencia que me hacía para retener las lágrimas, y lloraban; pero cuando llegué a la estancia

*Poichè allargare il freno al dolor puote
Che resta solo senza alcun rispetto
Giù dagli occhi rigando per le gote
Sparge un fiume di lacrime sul petto*

las lágrimas salieron de mis ojos tan impetuosamente y tan abundantes que todos los presentes las derramaron, la señora Denis se estremeció y Voltaire corrió a abrazarme; pero no pudo interrumpirme porque Orlando, para volverse completamente loco, tenía necesidad de subrayar que estaba en el mismo lecho en que Angélica, poco antes, se había encontrado enteramente desnuda entre los brazos del demasiado feliz Medoro, lo que ocurría en la estancia siguiente. A mi voz quejumbrosa y lúgubre sucedió la del terror producto de la furia que le hizo hacer, con su fuerza prodigiosa, estragos que sólo un temblor o un rayo hubieran podido provocar. Al terminar mi recitado, recibí tristemente los cumplidos de todos los presentes. Voltaire exclamó:

—Siempre lo he dicho: si queréis hacer llorar, tenéis que

llorar; pero para llorar hay que sentir, y entonces las lágrimas salen del alma.

Me abrazó, me dio las gracias, me prometió recitarme al día siguiente las mismas estancias, y llorar también. Cumplió su palabra. ✽

(Fragmentos del capítulo X del volumen 6 de la *Histoire de ma vie*.)

CHATEAUBRIAND

VOLTAIRE Y EL CRISTIANISMO

Una cosa me asombra siempre cuando pienso en Voltaire: un espíritu superior, razonable y esclarecido se mantuvo completamente ajeno al cristianismo; jamás vio lo que todos vemos: que el establecimiento del Evangelio, aunque no lo consideremos más que desde el punto de vista humano, fue la mayor revolución que se haya operado sobre la tierra. Es cierto que en el siglo de Voltaire este pensamiento no había cruzado por la cabeza de nadie. Los teólogos defendían el cristianismo como un hecho consumado, como una verdad fundada sobre leyes emanadas de la autoridad espiritual y temporal; los filósofos lo atacaban como un abuso que procedía de los sacerdotes y de los reyes, y no se llegaba más allá. No dudo que si se le hubiese podido presentar de golpe a Voltaire el otro lado de la cuestión, no hubiese dejado de impresionar su inteligencia lúcida y rápida. Da vergüenza la manera mezquina y limitada con que trataba un tema que supone nada menos que la transformación de los pueblos, la introducción de la moral, un principio nuevo de sociedad, otro derecho de gentes, otro orden de ideas, el cambio total de la humanidad. Desgraciadamente, el gran escritor que se pierde difundiendo ideas funestas arrastra en su caída no pocos talentos de menor cuantía, tal esos antiguos déspotas del Oriente sobre cuya tumba se inmolaban esclavos. ✽

(Memorias de Ultratumba, traducción de Aurelio Garzón del Camino)

VOLTAIRE EPISTOLAR

Las recopilaciones epistolares, cuando son largas, ofrecen las vicisitudes de las edades, quizá no haya nada más atractivo que las largas correspondencias de Voltaire, que ve pasar a su alrededor casi un siglo entero.

Leed la primera carta, dirigida en 1715 a la marquesa de Mimeure, y la última esquila, escrita el 26 de mayo de 1778, cuatro días antes de la muerte del autor, al conde de Lally-Tolendal; reflexionad sobre todo lo que ha pasado durante este periodo de sesenta y tres años. Ved desfilar la procesión de los muertos: Chaulieu, Cideville, Thiriot, Algarotti, Genonville, Helvétius; entre las mujeres, la princesa de Bareith, la mariscalca de Villars, la marquesa de Pompadour, la condesa de Fontaine, la marquesa de Châtelet, la señora Denis, y esas criaturas de placer que cruzan riendo la vida, las Lecouvreur, las Lubert, las Gaussein, las Sallé, las

Camargo, Terpsícoros de *pasos medidos por las Gracias*, dijo el poeta, y cuyas leyes cenizas son hoy rozadas por las danzas aéreas de Tagliani.

Cuando seguimos esta correspondencia volvemos la página y el nombre escrito en un lado ya no está en el otro, un nuevo Genonville, una nueva marquesa de Châtelet aparecen, y, veinte cartas más lejos, se esfuman para no volver: las amistades suceden a las amistades, los amores a los amores.

El ilustre anciano, hundiéndose en sus años, deja de estar en relación, si se exceptúa por la gloria, con las generaciones que surgen: les habla aún del desierto de Ferney, pero sólo está su voz en medio de ellas. Qué lejanía entre los versos al hijo primogénito de Luis XIV

*Del mayor de los reyes, noble sangre
que es su amor y también nuestra esperanza, etc.*

y las estancias a la señora Du Deffand:

*Bien veo que os asombráis
que al cabo de ochenta inviernos,
mi musa débil y vieja
aún tararee versos*

.....
*A veces queda verdor
que sonríe bajo el hielo.
Naturaleza se alegra,
mas se seca en poco tiempo.*

El rey de Prusia, la emperatriz de Rusia, toda la grandeza, todas las celebridades de la tierra reciben de rodillas, como un título de inmortalidad, unas palabras del escritor que vio morir a Luis XIV, caer a Luis XV y reinara a Luis XVI y que, situado entre el gran rey y el rey mártir, es él solo toda la historia de Francia de su tiempo.

Pero tal vez una correspondencia particular entre dos personas que se han amado ofrece aún algo más triste; porque ya no son los *hombres*, sino el *hombre* lo que se ve.

Primero las cartas son largas, apasionadas, múltiples, el día no basta: se escribe a la puesta del sol; se trazan unas palabras al calor de luna, confiando en que su luz casta, silenciosa, discreta, cubrirá con su pudor mil deseos. Se han separado al alba; al alba se acecha la primera luz para escribir lo que se cree haber olvidado decir en horas de delicias. Mil juramentos cubren el papel, donde se reflejan las rosas de la aurora, mil besos son depositados sobre las palabras que parecen nacer de la primera mirada del sol: ni una idea, ni una imagen, ni una imaginación, ni un accidente, ni una inquietud que no tengan su carta.

Pero una mañana algo casi insensible se desliza sobre la belleza de esta pasión, como una primera arruga en la frente de una mujer adorada. El soplo y el perfume del amor expiran en estas páginas de la juventud, como al atardecer una brisa se encalma sobre las flores: nos damos cuenta, pero no queremos confesarlo. Las cartas se abrevian, disminuyen en número, se llenan de noticias, de descripciones, de cosas ajenas; algunas se retrasan, pero se está menos inquieto; seguros de amar y de ser amados, nos hemos hecho razonables; ya no se protesta, se acepta la ausencia. Siguen

pronunciándose juramentos; son todavía las mismas palabras, pero están muertas; les falta el alma: *os amo* ya no es más que una expresión de costumbre, un protocolo obligado, el *tengo el honor de considerarme* de toda carta de amor. Poco a poco el estilo se hiela o se irrita; el día de correo ya no se espera impacientemente; se teme, escribir pasa a ser una fatiga. Uno se ruboriza pensando en las locuras que se han confiado al papel; se quisiera poder recuperar las cartas y arrojarlas al fuego. ¿Qué ha sucedido? ¿Es un nuevo afecto que comienza o un viejo afecto que termina? Qué importa. Es el amor que muere antes que el objeto amado. No hay más remedio que admitir que los sentimientos del hombre están expuestos al efecto de un trabajo oculto; fiebre del tiempo que produce el cansancio, disipa la ilusión, mina nuestras pasiones, marchita nuestros amores y cambia nuestros corazones, como cambia nuestros cabellos y nuestros años. Sin embargo, hay una excepción a esta debilidad de las cosas humanas: sucede a veces que en un alma fuerte un amor dura lo bastante como para transformarse en amistad apasionada, para convertirse en un deber, adquirir las cualidades de la virtud; entonces pierde su decaimiento natural y vive de sus principios inmortales. ✽

(*Vida de Rancé*, traducción de Carlos Pujol)

ALFRED DE VIGNY

VOLTAIRE ÍNTIMO Y MUNDANO

Voltaire tenía la doble facultad, tan rara, de la meditación y de la improvisación en la conversación.

En general, los autores rehuyen el mundo, cuyo contacto temen, porque tienen horror de parecer, en la conversación, inferiores a la idea que sus escritos han dado de ellos.

Esta coquetería, asaz legítima, este temor de destruir su ideal, es la primera causa de su hosquedad.

La segunda es el temor al contacto con la mediocridad familiar e indiscreta. ✽

(*Journal d'un poète*)

VICTOR HUGO

CONTRA VOLTAIRE

En literatura, Voltaire ha dejado uno de esos monumentos cuyo aspecto es más asombroso por su extensión que imponente por su grandeza. El edificio que construyó nada tiene de agosto. No es el palacio de los reyes, no es el hospicio del pobre. Es un bazar elegante y vasto, irregular y cómodo, en cuyo fango se extienden innumerables riquezas; en el que se da a todos los intereses, a todas las vanidades, a todas las pasiones lo que les conviene; es deslumbrante y fétido; ofrece prostituciones por voluptuosidades; está poblado de vagabundos, de mercaderes y de ociosos, y apenas lo frecuentan el cura y el indigente. Galerías resplandecientes inundadas sin cesar por una multitud maravillosa; antros secretos en que nadie se precia de haber penetrado. Encon-

traréis bajo esas arcadas suntuosas mil obras maestras de buen gusto y hechas con arte, resplandecientes de oro y de diamantes, pero no busquéis ahí la estatua de bronce de formas antiguas y severas. Encontraréis adornos para vuestros salones y vuestros tocadores; no busquéis ahí los ornamentos que convienen a un santuario. ¡Desdichado el débil que no tiene sino un alma por fortuna y que la expone a las seducciones de esa cueva magnífica! ¡templo monstruoso en el que hay testimonios para todo lo que no sea la verdad, un culto para todo lo que no es Dios!

Ciertamente, si queremos hablar de un monumento como ese con admiración, no se nos exigirá que hablemos de él con respeto. Habríamos de lamentar que en una ciudad la multitud estuviera en el bazar y la soledad en la iglesia; habría que lamentar que una literatura abandonara la senda de Corneille y Bossuet para correr tras de Voltaire.

(De un artículo de 1923, en *Littérature et Philosophie mêlées*)

VOLTAIRE

Ver en la religión un poema bucólico;
ser bastante hugonote para seguir católico;
amar mucho a Clorinda y besar a Suzón;
guiarse algo por el juicio, mucho por la razón;
plantar a los amigos pero seguirlos viendo;
crear sólo en los dogmas que nos dejen sonriendo;
ser un hombre endiablado, y abad cual Chaulieu fuera;
no exagerar en nada, ni en el buen Dios siquiera;
besar el santo choclo que da a la grey devota
el Papa, ansiando el pie desnudo de Javota,
son los instintos reales de un sabio en buen estado.
Todas las tentaciones y ningún paso dado;
un no sé qué de amable encontrar en la falta;
parecerse al alegre cabritillo que salta
libre y que pace, y en verdes estanques abreve,
y al revés las orejas de tan contento lleva;
dar, si Goton nos deja, al cielo el corazón;
pecar lo necesario para ir a confesión,
pues pecar es alegre, y en su dulzura estriba
que el confesor a expensas del confesado viva;
cierta pasión; apostasia, con mesura:
es sentido común. Una ruta segura
y escogida. Se puede sin miedo envejecer,
y aunque se tenga ingenio, un rey se puede ser:
es uno Enrique IV, y reciben su pie
la gran misa y la casa de Gabrielle d'Estrées.

(La légende des siècles)

POR VOLTAIRE

Voltaire no es precisamente ni un gran poeta ni un gran filósofo. Es un gran representante de todo.

Voltaire hizo en su tiempo las veces de todas las tribunas y de todas las prensas del nuestro. Fue el periodista, el abogado y el diputado perpetuo de su época. Su grandeza consiste en haber sido el almacén de ideas de todo un siglo.

Cada vez que un hombre está en condiciones de inteligencia tales que todos sus contemporáneos van a él como a un depósito, como a un manantial, los grandes y los pequeños, los príncipes y los descamisados, uno con su ánfora, el otro con su cántaro, otro con su marmita, todos con el cerebro que tienen, ese hombre es grande. Criticad, analizad, reprended, burlaos cuanto queráis, indignaos, declarad cosa turbia, mezclada e impura lo que le ha servido para llenar todos los jarros y vasos, todas esas cabezas: no importa, ese hombre es grande. Podréis tener razón contra él en los pormenores, pero a buen seguro que tiene razón contra vosotros en el conjunto. ✽

(Nota póstuma, en *Le Post-scriptum de ma vie*)

W.H. AUDEN

VOLTAIRE EN FERNEY

Casi feliz ahora, revisaba sus propiedades.
Un exiliado, relojero, lo vio pasar y luego
siguió con su trabajo; desde el nuevo hospital en obras
le envió un saludo un ebanista; llegó un agente y dijo
que unos árboles que plantó crecían vigorosos.
Los blancos Alpes relucían. Verano. Era muy grande.

Allá en París, donde sus enemigos
murmuraban que era un perverso, en una silla recta
una vieja sin vista ansiaba la muerte y unas cartas.
"Nada", escribiría él, "es mejor que la vida".
¿Lo era? Sí: luchar contra la falsedad y la injusticia
siempre valió la pena. Cultivar el jardín. Civilizar.

Lisonjas y sermones y artimañas: era el más listo,
había guiado a los otros niños en una guerra santa
contra los grandes, los infames, y había sido astuto
y humilde, como un niño, cuando había hecho falta
una respuesta ambigua o una franca mentira protectora;
pero, paciente igual que un campesino, esperó que cayeran. ✽

(Another Time)

ALFONSO REYES

LA CARIDAD DE VOLTAIRE

En el acceso del siglo XIX se alzan dos estatuas colosales: la de Voltaire, que será transitoriamente olvidado tras una disputa en torno a sus restos tan acalorada como la riña en torno al cadáver de Patroclo, y la de Rousseau, quien desde luego inspirará a los pre-románticos y a los románticos y al instante ejercerá, junto con el *Werther*, una singular fascinación sobre esa doliente literatura de los desterrados franceses: Chateaubriand, Sénancour, Nodier, Constant, Mme. de Staël y, en general, las cohortes de desequilibrados sentimentales.

Los héroes y heroínas de la emigración acabarán por consagrar a Rousseau como su santo patrono: el santo del egoísmo cordial y del disparate lacrimoso.

Voltaire, en cambio, como no era nada nebuloso, sino que era la precisión misma, y como la precisión de la inteligencia se parece mucho a la crueldad (la flecha en el blanco), será prudentemente alejado de estas orgías del corazón (que ya molestaban tanto a Sainte-Beuve en las *Memorias de Ultratumba*), a modo de huésped indeseable, de testigo molesto. Pero el insaciable satanismo católico de Chateaubriand puede acaso compararse con la ternura señorial, contenida, de que hizo gala Voltaire —el “pretendido Lucifer” del XVIII— para con su Emilia, aun después de que se supo engañado?

Rousseau, que invierte los términos de la ecuación, muestra al mundo sus errores: “¡Compadecedme, amadme! ¿Soy un pecador: pobre de mí!” Y, cuando no tiene pecados, se los inventa él mismo y se declara lleno de vicios y padre desnaturalizado de criaturas que no engendró. Por lo demás, “no se tienta el corazón” —como decimos en vulgar— para acusar a una pobre criada del hurto que cometió él mismo. Tal es el supuesto maestro de la caridad.

¿Y Voltaire, el feroz Voltaire? Voltaire poseía el don del epigrama y de la velocidad mental: por eso pasa por ser un ente diabólico. Pero no olvidemos que Ferney, su posesión en las marcas franco-suizas, fue en su tiempo el asilo verdadero de la caridad humana. Allí se defendió por tres años la buena memoria del inocente Jean Calas, injustamente castigado; allí se hospedó la perseguida familia Sirven hasta que Voltaire logró su absolución; allí encontró refugio Etalonde, acusado de no quitarse el sombrero al paso de una procesión y aun sometido a la tortura; en Ferney también se ocultó la viuda Montbailli, falsamente inculpada de asesinato en compañía de su marido, y al menos ella logró salvarse. Todavía Voltaire hizo más, y defendió desde su lecho de muerte el nombre del general Lolly, cuya sentencia fue anulada, aunque tarde.

De la miserable aldea que era Ferney, Voltaire hizo un lugar próspero. Luchó por la abolición de la servidumbre en Francia, y no olvidó su cortesía y sus deberes para con la vida social. Fundó un teatro que pagaba él mismo. Su casa era centro de reunión para los espíritus más selectos de su época... Decididamente, nos gusta más su mal llamado diabolismo que la supuesta caridad de Rousseau. Barante, en los albores del siglo, al convocar como en un tribunal a los escritores de la centuria precedente, y aunque no disimulaba sus simpatías por Rousseau, fue lo bastante ecuánime para descubrir sus defectos y acaba por definirlo así: “Moral sin actos y religión sin cultos.” ✽

(*Marginalia, Segunda serie*)

PAUL VALÉRY

ESPIRITU SUTIL

Entre los dos extremos de su larga existencia, una actividad prodigiosa.

Es el hombre de ingenio por excelencia, el más sutil de los humanos, el más vivo, el más despierto. A su lado todos los demás parecen dormir o soñar despiertos. Pasa a través de sus errores como un hombre capaz de exterminarlos con

tanta presteza como los abraza. Hace preguntas en todos los terrenos y responde por todas partes. Se pronuncia sobre todas las cosas, a veces atolondradamente, siempre con esa vivacidad que, en su caso, parece crecer con la edad. Un hombre que es una maravilla fisiológica. Es la vitalidad misma, que usa y abusa de un cuerpo frágil, un cuerpo siempre enfermizo, presa de los malestares, los vapores, las debilidades, y que, de mal en mal y de recuperación en recuperación, lo conduce a la extrema vejez, a la descarnadura más pronunciada, pero poseyendo hasta el último día resortes de reacción que se dirían inagotables.

No hay rostro de hombre ilustre más conocido —a no ser, quizá, el de Napoleón Bonaparte— que ese rostro de viejo con las mejillas destruidas, de pómulos tan salientes, de órbitas tan profundamente hundidas que la sonrisa anatómica que se fija en ella acusa una cabeza de muerto. Pero en las cavidades de esas órbitas de esqueleto brillan ojos más vivos que los del común de los vivos, y nada de ridículo en el mundo, nada de injusto en el mundo, nada de odioso se les escapará jamás. Es que persiste hasta el fin en una irritabilidad exquisita. Una vez escoltado, llevado, animado, y se diría que embriagado por esa cantidad, ese enjambre de enemigos de toda especie, que se crea como por juego (aunque es por necesidad orgánica, sin duda), vive literalmente de adversarios, vivos o abstractos, y no hay hombre que deba más a todo lo que, en las costumbres, en las obras, en los seres, es vulnerable, da pábulo a sus trazos. Si comienza por manifestar los trazos de un notable pintor de historia, se revela pronto un caricaturista de genio. ✽

(De “Voltaire”, en *Varietés*)

A. J. AYER

VOLTAIRE, SÍMBOLO

Voltaire es un gran símbolo. Su nombre continúa sonando como un homenaje a la razón que se ha considerado rasgo distintivo de la perspectiva intelectual del siglo XVIII, especialmente en Francia. Él y sus discípulos, como Denis Diderot y Jean d'Alembert, los portaestandartes de la Ilustración, pueden contrastarse con Jean-Jacques Rousseau, que es considerado, especialmente por Lytton Strachey, como un precursor sobre todo del movimiento romántico de principios del siglo XIX. Tras un encuentro con Rousseau, Diderot lo describió como un loco y un espíritu maldito. Escribió que los poetas tenían razón al dejar un inmenso intervalo entre el cielo y el infierno, dando a entender que Rousseau residía en el infierno. El comentario de Strachey al respecto es que Diderot estaba equivocado. “El ‘intervalle immense’ a través del cual, de manera tan extraña y horrible, él había vislumbrado lo nunca visto hasta entonces, no era el abismo entre el cielo y el infierno, sino entre el viejo mundo y el nuevo.”

¿Es ésta una valoración justa de Voltaire y Rousseau? Pienso que en el caso de Rousseau está al menos muy cerca de serlo. Es verdad que ha habido una incompreensión generalizada del pensamiento político de Rousseau. La famosa frase inicial del *Contrato social*, “El hombre ha nacido libre,

pero se halla encadenado por doquier", se ha interpretado en el sentido de que los hombres no deberían estar encadenados, cuando en realidad el objetivo principal del libro era justificar una forma concreta de atadura política, la sujeción del individuo a la voluntad general. No obstante, Rousseau puso en tela de juicio la legitimidad de todos los gobiernos existentes. Y su ensimismamiento, llevado con el tiempo a extremos de paranoia, era propio de un carácter romántico.

Voltaire, como hemos visto, tenía en buena estima su propio talento y no se quedaba atrás en la persecución de su propio beneficio, pero no era un objeto de interés para sí mismo, como Rousseau. Un equivalente inglés bastante exacto, también de personajes del siglo XVIII, sería la comparación de Edward Gibbon con James Boswell. Tampoco era Voltaire un reformador político. Era visto con recelo, perseguido hasta cierto punto, sobre todo por las autoridades francesas, porque no quería someterse a su censura, pero la razón por la que constantemente corría el riesgo de incurrir en falta ante sus censores no era que sus escritos fueran una amenaza para la monarquía ni tampoco para los privilegios de la aristocracia, sino que amenazaban el poder y los privilegios de la Iglesia. Es uno de los grandes méritos de Voltaire que fuera un adalid incansable de la libertad de expresión, pero la forma de esa libertad que él se arrogaba primordialmente a sí mismo era la libertad de poner en evidencia, ridiculizar y denunciar los abusos pasados y presentes de la religión organizada.

He hablado de Diderot y d'Alembert como discípulos de Voltaire. Ello se justifica en el sentido de que le respetaban y mostraban deferencia, pero, más allá de sostener su anticlericalismo, a duras penas moldeó él las ideas de aquellos. Mientras d'Alembert era básicamente matemático, Voltaire, aparte de aprovechar la oportunidad de atacar a Maupertuis y de su aliento a las investigaciones de Madame du Châtelet, sentía poco interés por las matemáticas y por la física tras la publicación, comparativamente temprana, de las *Cartas filosóficas*, de las que apenas había un eco en su siguiente publicación, *Elementos de la filosofía de Newton*. Como hemos visto, el contenido teórico de las *Cartas filosóficas* no era original. Su propósito y valor fundamentales eran importar las teorías de Locke y Newton a Francia y romper el collar de fuerza que tenía puesto Descartes sobre la filosofía y la física francesas. Tuvo más éxito en lo segundo que en lo primero. Sólo muy recientemente ha empezado el empirismo británico a abrirse paso entre los filósofos franceses, quienes, curiosamente, han sido hasta ahora muy permeables a la metafísica alemana. Incluso en el dominio de la física, el reinado de Descartes tardó en llegar a su fin. En realidad, no fue hasta principios del siglo XIX cuando la autoridad de Laplace aseguró la supremacía en Francia de la gravitación de Newton sobre los vórtices de Descartes.

Por lo que hace a Diderot, era un hombre muy suyo. Aunque asistió eficazmente por d'Alembert, fue él principalmente quien concibió y vio la culminación de los planes de la *Enciclopedia*. Voltaire se permitió participar como colaborador, pero, como hemos observado, sus colaboraciones fueron de importancia menor. Diderot estimaba a Voltaire como un patrocinador, pero aparte del anticlericalismo y de la

creencia en la libre expresión, que eran comunes a todos los apóstoles de la Ilustración, no hay prueba interna alguna de que estuviera en deuda con Voltaire en relación con su propia y muy destacada obra literaria.

Decir esto no es menospreciar a Voltaire. Creo que hay que reconocer que *Cándido* fue su única obra literaria maestra, pero sus escritos son de una amplitud temática extraordinaria. En su época fue sobreestimado como poeta y dramaturgo, y desde entonces ha sido subestimado como historiador. Fue un maestro de la sátira y su voluminosa correspondencia está llena de elegancia e ingenio. Sus cumplimientos a la realeza, cuando no irónicos, pueden parecer a veces rimbombantes, pero su estilo en prosa nunca fue pretencioso, sino siempre conciso y bellamente adaptado a sus diversos propósitos. Sólo ya por eso merece el puesto de honor que sigue ocupando en la tradición literaria francesa.

Sin embargo, eso no sería suficiente para explicar el papel dominante que desempeñó en la cultura francesa de su época y el prestigio que acompaña aún a su nombre, no sólo en Francia. Son varias las razones de su predominio en la época. Mantuvo su vitalidad a través de lo que en sus días fue una vida excepcionalmente larga. Era un conversador brillante, así como un escritor con carisma. Su vena satírica era demoleadora. También tuvo importancia el hecho de que durante la mayor parte de su vida residiera a cierta distancia de París. Eso le permitía obtener el aura de una leyenda viviente. Su autoridad era tanto mayor cuanto que se ejercía desde lejos. Pero el factor más importante, en mi opinión, y el único que cuenta para su supervivencia como símbolo, es que fue ante todo un hombre de acción. Más que ningún otro escritor, hizo bueno el dicho, tan comúnmente mal citado, de que la pluma es más acerba que la espada.

¿Hasta qué punto tuvo éxito Voltaire en su campaña contra *l'infâme*? Me parece una pregunta difícil de responder. Supongo que Voltaire tuvo su parte de responsabilidad en el advenimiento de la Revolución Francesa, aunque menor que Rousseau, y no hay duda de que la Revolución Francesa y los ideales de "liberté, égalité, fraternité", que los ejércitos de Napoleón pasaron por Europa, debilitaron el poder político de la Iglesia Católica Romana, pero el antidoto más eficaz contra las supersticiones del cristianismo salió de los descubrimientos científicos del siglo XIX. En esta materia debemos menos a Voltaire que a hombres como Lyell, Thomas Huxley y Charles Darwin.

En los casos en que es totalmente honesta, la disposición de los clérigos anglicanos a acomodar sus opiniones al pensamiento científico ha tendido a tranquilizar a los librepensadores ingleses con la creencia de que no hay ya necesidad alguna de preocuparse por los abusos que provocaron los ataques de Voltaire. Pero eso sería una actitud provinciana. Cuando miramos algo más lejos y observamos fenómenos como el recrudescimiento del fundamentalismo en los Estados Unidos, los horrores del fanatismo religioso en el Oriente Medio, el gravísimo peligro que el empecinamiento de la intolerancia política supone para todo el mundo, hemos de concluir sin duda que todavía podemos sacar provecho del ejemplo de lucidez, de la agudeza, la honestidad intelectual y el coraje moral de Voltaire. ✠

(Voltaire)